

LO ÚLTIMO DE ZELARAYÁN, NO DEJAR DE APARECER

Sobre Ricardo Zelarayán. *Lenguaraces: Entrevistas*. Buenos Aires: Leviatán, 2024, pp. 264.

Pablo Alejandro Aranda
Centro de Investigación en Literaturas de la Argentina
Universidad Católica Argentina
pa.aranda0@gmail.com

Lenguaraces, con prólogo de Laura Estrin y posfacio de Claudia Schwartz, consta de 16 entrevistas que Ricardo Zelarayán realizó a distintos actores de la cultura nacional y que fueron publicadas, la primera el 20 de marzo de 1975 y la última el 1 de abril de 1976, en el Suplemento Cultural del diario *Clarín*. El autor se encargó, siempre que pudo, de recordar en entrevistas o conversaciones recuperadas por sus amigos la existencia del título y su deseo de libro por venir. Pero pospuesto por innumerables marchas y contramarchas, terminó cayendo del lado de la postergación o, de otro lado mejor, del encomendado, es decir, para que otros lo lleven a adelante.

La obra de Zelarayán, conocida hasta el momento, se inicia en 1972 con su libro de poesía *La obsesión del espacio*. Zelarayán se jactaba en decir que había publicado menos de la décima parte de su producción. La historia de sus innumerables mudanzas y de sus libros perdidos lo confirman. *Lenguaraces*, editado por Leviatán, viene a reponer, en parte, un trabajo y un proyecto autoral, no dejar de aparecer. Lo que trato de decir es que una

nueva clave parece revelarse en este acto de recupero, la de incorporar la muerte como instancia escritural. En menos de cuatro años se han publicado dos libros póstumos, ¿podemos soñar que estamos frente al autor aparecido?

Si el subtítulo inscribe este libro dentro del género reportaje, —en el cruce— la figura autor se constituye por sobre la etiqueta. Zelarayán se desmarca y ofrece un mapa cultural alternativo al centralismo porteño. De esta forma, vuelve a aparecer con un gesto recurrente en su escritura, aquel que busca descentralizar, reconfigurar, correr el interés miope más allá del Río de la Plata. Para ello, va hacia las distintas provincias, especialmente las del norte, y, desde allí, busca tensionar la idea de tradición. ¿Qué otros tipos de conversaciones abre este escritor?, ¿qué lenguas quiere estirar?, ¿no se define el proyecto creador (Bourdieu, 1966) de un escritor en relación con los proyectos de otros creadores?

En el libro nos encontramos con el entrerriano Juan L. Ortiz, el cordobés Juan Filloy en su Río Cuarto “de siempre”, los mendocinos Antonio Di Benedetto y Juan Dragui Lucero, los santiagueños Domingo A. Bravo y Sixto Palavecino, el salteño “Cuchi” Leguizamón, el catamarqueño Luis Franco, la “inapelablemente” rosarina Angélica Gorodischer, el jujeño Carlos Hugo “Pan de Dios” Aparicio y el tucumano Francisco Zamora en la ciudad del Cerro de San Bernardo, Salta, con Mariano Etkin en Tucumán, con el “siempre como ciudadano natural de la Puna jujeña” Anastasio Quiroga en Buenos Aires al igual que con Enrique “Mono” Villegas y Jorge Prelorán. Estos lenguaraces, aquí reunidos, hablan sobre y desde la lengua,

ocupan un espacio siempre en disputa. En el «entre» está Borges, presente como entrevistado y repetidamente aparecido, de manera fantasmal, en las otras entrevistas.

En cada encuentro, Zelarayán realiza una recepción del espacio. No sólo del entorno natural, sino también del social y humano. Se abre al paisaje y escucha la singularidad del lugar donde se recuesta la lengua del entrevistado, “sobre las barrancas verdeantes y arboladas del Parque Urquiza, con el gran río y sus islas como fondo” (p. 18) escribe sobre la casa de Juanele. Busca meterse en, ir hacia el otro, mueve el cuerpo porque sabe que soltar y hacer la lengua es soltarse. Conoce a cada uno de sus entrevistados, porque los leyó, los escuchó, los observó y se lo hace saber. La conversación se tensiona cuando marca su posición y, dirigiéndose exclusivamente a Borges, le dice: “soy provinciano” (p. 32). No adopta un tono condescendiente, sino que desafía hasta obtener una respuesta, aquella que parece empeñado en encontrar o, mejor sería decir, aquella en la que parece empeñado en encontrarse. Mientras tanto, una cierta intimidad ronda entre la risa y el tono inquisitivo de la charla, porque para Zelarayán, al igual que para Leguizamón, la entrevista “es una oportunidad para hacer amigos” (p. 139).

A la vez, es importante resaltar que no se trata, sólo, de un libro de entrevistas, sino de un libro zelarayiano. Con esto quiero decir que se escurre entre los bordes genéricos, ya que incluye el poema de Jorge Luis Borges “Al ruiseñor”, el cuento de Dragui Lucero “Mi amigo barroso” y coplas de Anastasio Quiroga bajo el título “Anastasio, el pobre diablo”. Así, la obra

se inscribe dentro del proyecto escritural del autor: “No creo en los géneros literarios. Cada persona tiene su propio discurso permanente y subterráneo que constantemente amenaza desbordarse” (1972, p. 89). Hay, en las más de doscientas páginas, una serie de reiteraciones presentes, la pregunta sobre el género, sus devaneos y aproximaciones, entre la novela y el cuento, a la vez que el rodeo constante sobre la idea de autor. Si para Foucault (1969) la escritura se trata de la apertura de un espacio donde el sujeto que escribe no deja de desaparecer; Zelarayán parece haberse propuesto no dejar de aparecer.

En relación con esta idea, a los aportes etimológicos que Schvartz destaca del título, aquí podríamos pensar *lenguaraz* también como denominación de aquel que tiene, por virtud o por defecto, la lengua larga. El que dice (de) más o el que no para de decir, como si la lengua se contagiara al contacto de otras y se volviera autónoma, saliéndose de sí. Esta particularidad caracteriza a Zelarayán, quien no deja de hacerse decir. Tal es así que la lectura manifiesta un estiramiento de la lengua hasta tocar el oído del lector. Donde se lee que Di Benedetto dice y no deja de decir hasta preguntarse “¿soy un buen sonador?” (p. 77) o Borges respondiendo “son los poemas los que resuelven escribirse” (p. 44), se escucha el “posfacio con deudas” de *La obsesión del espacio* y la nota preliminar de *Roña criolla*. Entonces ¡qué importa quien habla!

Lenguaraces, digamoslo de una vez, se va de boca “de pato a ganso y de poroto a garbanzo” (p. 241). Entrevistador y entrevistado cruzan sus lenguas y en el contacto ya no podemos saber si habla uno u otro. En su pérdida de forma, exceden el

nombre propio, la designación, la apropiación. Pongamos por caso que es Zelarayán el que habla sin parar, el lengua larga. Entonces, repito, en *Lenguaraces* leemos a Zelarayán, el gran conversador que ¿dijo o escuchó? “Aquí los obreros piensan” (p. 59), “hablando como quien respira” (p. 23), “yo oía con tanta pasión” (p. 92), “yo me concibo un tubo, como un aparato lleno de tubos” (p. 77), “lo sonoro no es accidental, sino necesario” (p. 130), “una sola palabra oída puede ser el comienzo” (p. 168), “esa gente habla a través de mí” (p. 249), “no soy un creador, soy un intérprete” (p. 213). Lo último de Zelarayán, no dejar de aparecer.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2002) [1966]. “Campo intelectual y proyecto creador”, en Bourdieu, P. *Campo de poder, campo intelectual*. Monttressor.
- Foucault, M. (2010) [1969]. *¿Qué es un autor?* Ediciones literales.
- Zelarayán, R. (1972). *La obsesión del espacio*. Corregidor.